



Azorin

Su retrato

Quedamos algunos de los que hemos conocido a Miguel de Cervantes; finó Cervantes en 1903; no es yerro de imprenta. El conde de Romanones fue uno de sus dos discípulos predilectos; el otro lo fue don Trinitario Ruiz y Capdepón. Cervantes, cuando le conocimos los que le alcanzamos, era un anciano que caminaba despacio, ligeramente apoyado en su bastón, por el pasillo de la Cámara popular, sobre la muelle alfombra; se detenía de cuando en cuando en un grupo de parlamentarios o de periodistas; cambiaba con ellos unas palabras; sonreía afable a todos; entraba en el salón de Sesiones, dejaba el bastón en el banco azul y se sentaba con indolencia. Tenía una cabeza muy expresiva: la frente era ancha, noble; los ojos fulguraban, rasgados, con viva inteligencia; la nariz se perfilaba gruesa; había conservado en su vejez su cabellera, abundosa, naturalmente ondulada y sedeña; mostraba en todo su continente un aire de indulgencia -indulgencia para los errores humanos-, de cansancio, de espiritualidad. Al entrar en la Restauración, lo había sido ya todo en la política; podía, por lo tanto, hacer lo que es más difícil de hacer: esperar. Si alguna vez parecía impacientarse, se impacientaba simuladamente para satisfacer las impaciencias de sus parciales. El gran secreto de su gobernar, gobernar en España, era el de "dar tiempo al tiempo". Un semblancista, Miguel Moya, viendo el lado paradójico de la cuestión, ha escrito donosamente: "Sagasta, que es en la oposición un incansable e invencible combatiente, se retira a la vida privada en cuanto le nombran presidente del Consejo de ministros". Siglos atrás, un agudo psicólogo, Gracián, había dicho, entre sus aforismos, que "muchas cosas que eran algo, dejándolas, fueron nada"; había recomendado también que "no se haga negocio de lo que no es negocio". El tiempo resuelve por sí solo muchas cosas que parecen aterradoras; no hurgando en un asunto intrincado y pasional, él mismo se va desvaneciendo. Pero nuestro Cervantes, tachado de negligente, tenía una voluntad férrea; el conde de Romanones ha dicho que es achaque de observadores superficiales el creer que el

carácter entero está en la inflexibilidad, y no en la hábil contemporización: "no parando mientes -escribe el conde, a propósito de Sagasta- en que se requiere mayor fuerza de voluntad para ser flexible y para acomodarse a las circunstancias, que para dejarse guiar por los imperativos de la propia convicción". Sagasta fue en su juventud un hombre muy templado, en la acepción familiar de "valiente con serenidad".

Se ha descubierto un nuevo retrato de Cervantes: cuando se contempla esta efigie se advierten reminiscencias sorprendentes de ella en el retrato de Sagasta; los dos tienen la misma frente despejada, los mismos ojos inteligentes, la misma boca expresiva, los mismos pómulos un tanto prominentes, la misma barbilla corta. Cuando existe semejanza facial entre dos personas, existe también similitud de gesto, de movimientos, de voz y en el andar. Cervantes había sido igualmente un hombre templado; como Sagasta, se jugó la vida en alguna ocasión: emanaba de su persona un efluvio misterioso que se imponía: acaso uno de los elementos constitutivos de ese efluvio era, como en Sagasta, la voz, una voz llena, sonora, pastosa, insinuante. Ni salió de pobre Cervantes, ni pasó nunca de un vivir modestísimo, con haberlo sido todo. Sagasta. Decía nuestro personaje: "Yo no seré rico jamás. He pensado siempre que para vivir, sólo necesitaba un par de huevos y un panecillo". El tiempo era el aliado de Sagasta: el tiempo es un factor primordial en la obra capital cervantina, como alguna vez hemos tratado de demostrar; si Lope es el espacio, Cervantes es el tiempo. Hay un cansancio de inefable dulzura en la segunda parte del Quijote, y ese mismo cansancio subyugador es el cansancio de Sagasta, cuando, habiéndolo ya sido todo, se presta al mayor de los sacrificios, al encargarse del Poder después del asesinato de Cánovas, tras el compás de un ministerio transitorio; se encarga del Poder en las circunstancias más pavorosas para un gobernante. En la casa de Sagasta entraba todo el mundo; reinaba en ella un rebullido incesante. En la casa de Cervantes, sobre todo, en la época de Valladolid, debía reinar también una confusión algo parecida. Cervantes lo tomaba todo con calma, y Sagasta también. Para uno y otro, siendo lectores selectos, muy cultos, el mejor libro era la vida. De tarde en tarde, Cervantes gustaba de contar algún cuentecillo, en que resumía su experiencia: tal es, por ejemplo, el cuento del loco y el podenco. Sagasta resumía también su saber del vivir en cuentecillos análogos, como el del gorrión y su cría. El retrato de Cervantes, ahora descubierto, es un retrato vivo; los otros eran retratos muertos. "¡Ah, qué expresión tiene!", exclama Zuloaga.

Azorín

ABC, 18 de marzo de 1944

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

